

JOSÉ P. SALDAÑA

EL GENERAL JESÚS GONZÁLEZ ORTEGA
EN LA HISTORIA

U A N

SIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO

CIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA

1233

25

Sobretiro de HUMANITAS, Número 14.

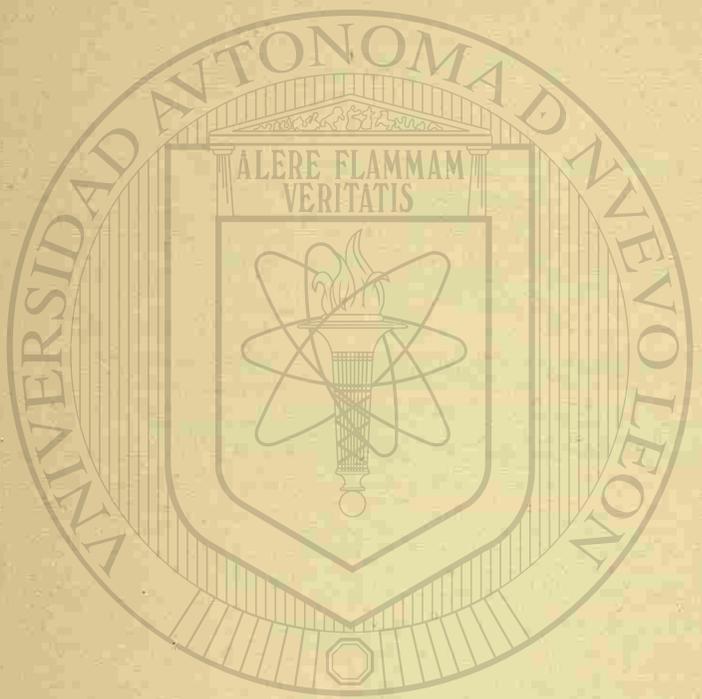
Universidad Autónoma de Nuevo León, 1973.



F1233
S25

RASG 27-2-95

F 1233
.S25



EL GENERAL JESÚS GONZÁLEZ ORTEGA
EN LA HISTORIA

JOSÉ P. SALDAÑA
Soc. Nuevoleonesa de Historia,
Geografía y Estadística.

U A N L

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



Capilla Alfonsina,
Biblioteca Universitaria

55801

FONDO UNIVERSITARIO

NO PRETENDO ESCRIBIR la biografía de este personaje, porque para ello necesitaría emplear mucho tiempo, a efecto de consultar archivos correspondientes a su actuación política y militar, y además enterarme de lo que ya se ha escrito sobre él. Esta tarea no me es posible realizarla.

A falta de algo que pudiera ser una obra de alguna importancia histórica, me propongo escribir, con especialidad sobre la rendición de Puebla, efectuada por el general González Ortega, en su carácter de general en Jefe del Cuerpo de Ejército que la defendía contra el sitiador, general Elías Federico Forey, comandante de las tropas francesas.)

Tengo la convicción de que se trata de un hecho, que aun cuando raro en la historia universal, y altamente honroso para México, no es lo suficientemente conocido en sus detalles.

Considero, en consecuencia, hacer una labor de divulgación con este relato, que alguna utilidad puede prestar, especialmente a la juventud, que es la que debe responder con su vigor, a conservar la realidad de una patria integrada y regida por mexicanos, sin más influencias que los ejemplos gloriosos de nuestros antepasados.

Si financieramente la rendición de Puebla el 17 de mayo de 1863, por el general Jesús González Ortega, al general Forey, Jefe del ejército francés constituyó una pérdida económica enorme dada la precaria situación del erario Federal, en cambio la heroica decisión de entregarse prisioneros, después de inutilizar todas las armas, compensaba con creces el sacrificio.

Si grande fue la pérdida sufrida por la República, al destruirse más de 20 mil fusiles, 50 cañones y la impedimenta, ¡qué puede decirse del rasgo inusitado de entregarse prisioneros, sin condiciones, el general en Jefe, todos los demás generales, Jefes y oficiales, así como los soldados! Sus vidas quedaban a merced del invasor, o cuando bien les fuera, era de esperar largo cautiverio fuera de la Patria.

Pero fue tan grande, tan extraordinaria aquella acción, que el general Forey, olvidando los estragos que aquellos valientes habían ocasionado a su ejército, sentía deseos de convivir con ellos, al grado de hacer demostraciones personales tratando de atraerse cuando menos su buena voluntad. Mayor fue su admiración cuando todos rehusaron recibir atenciones, que la dignidad personal y de militares no lo permitían.

Al conocerse en el país los pormenores de esta hazaña, la reacción del pueblo fue de orgullo. Si en la victoria del 5 de mayo del año anterior el entusiasmo no tuvo límites, en este otro caso, ahora adverso, la solidaridad fue completa, signo inequívoco de que la talla de los mexicanos patriotas podía medirse airosamente con quienes trataban de mancillar nuestra calidad de mexicanos dignos de una Patria libre.

Ante los hechos consumados, y tranquilo el Gobierno mexicano por haber hecho cuanto era posible hacer en ayuda de los sitiados, se aceptó con resignación el alto precio pagado en defensa de la dignidad de la Nación. Y al mismo tiempo se tuvo en cuenta la resistencia, hasta el último momento, de las fuerzas, que a las órdenes de González Ortega ofrecieron un espectáculo ejemplar al mundo entero. Niguna ayuda podía esperarse después de la derrota sufrida por el general Ignacio Comonfort, cuando trató, en arriesgada acción, introducir a la plaza sitiada los elementos necesarios para la defensa.

Todas las circunstancias que privaron en los sucesos fueron analizadas por Juárez y sus Ministros y las conclusiones pueden apreciarse por las siguientes menciones:

El Gobierno Presidido por Juárez envía al general Jesús González Ortega un mensaje declarando la defensa y rendición de Puebla en grado heroico. Por su parte el Congreso de la Unión aprueba una resolución, que se publica en El Diario Oficial, concebida en los siguientes términos:

“El Congreso General ha decretado que los documentos relativos a la rendición de Puebla, se coloquen en el salón de sesiones, y que los dignos defensores de aquella plaza reciban un distintivo que acordará el Gobierno.

“Al expedir este decreto el Cuerpo Legislativo, no hace sino servir de órgano a los sentimientos de admiración y gratitud que la República consagra a sus heroicos defensores en la ciudad de Zaragoza.

“El desenlace que ha tenido el sitio de aquella plaza, corona dignamente

las hazañas con que se han ilustrado sus defensores. Por grandes que fuesen su patriotismo y su ardimiento, no podía esperarse de ellos la prolongación de la lucha después de agotadas las municiones y los víveres. Llevábamos algunos días de prever que el Ejército de Oriente sucumbiría, pero con honor y con gloria, y sin permitir que cayese la menor mancha sobre los timbres que ha conquistado en los dos meses últimos. Aquel denodado ejército comprendió bien que la impotencia para seguir luchando puede tomar ante el enemigo una actitud noble e imponente. Estamos seguros de que en el mismo ejército invasor ha de haber hecho profunda mella el espectáculo de ese ejército que desapareció en los momentos de faltarles los medios de combatir; y de ese cuadro de jefes y oficiales, que olvidados de sus propias personas rehúsan cuantas condiciones les propone el enemigo, y sigue siendo ante él un emblema vivo de la Nación que desafía el poder de la Francia, y protesta luchar en favor de su independencia, mientras haya un brazo y un fusil que oponer a la invasión.

“El alto ejemplo que el Ejército de Oriente ha dado a los mexicanos durante el sitio de Puebla, no termina, sino que se presenta bajo otra forma en la rendición de la ciudad. Los Jefes que la defendían han probado una vez más que son invencibles los buenos patricios cuando anteponen a todo poder humano el honor individual y la independencia de su patria.”

Este hermoso decreto, hecho en los momentos dolorosos, no precisamente de la derrota, sino de la catástrofe, significa la disposición de un pueblo dispuesto a luchar en defensa de las instituciones legalmente establecidas. Para el debido conocimiento de los hechos, con la mayor diligencia fue enviado a las autoridades legítimas del país, tomada cuenta de que, por la falta de medios rápidos de comunicación, las noticias llegaban de los lugares lejanos a los veinte y hasta treinta días después. La forma más rápida era la del caballo, expuesto a toda clase de contingencias.

He copiado el decreto en toda su extensión, considerando que es la forma más precisa e ilustrativa para formar un criterio bien orientado sobre los acontecimientos. Para tal fin he dispuesto de la obra *Los Presidentes de México ante la Nación*.

Comoquiera que, en este acontecer de la vida de México existen documentos de excepcional valor histórico, seguiré esta línea de conducta, tratándose como en este caso de libros, periódicos y folletos de seriedad insospechable.

No se pueden pasar por alto los comentarios de los periódicos de la época, en relación a la rendición de Puebla. Ello nos coloca en el momento pre-

ciso de los acontecimientos, con las emociones que tal suceso causó. Vamos a insertar algunas de las versiones publicadas.

Pero antes, como antecedentes es del caso mencionar que Forey, impresionado por la actitud de González Ortega lo invitó a sentarse en su mesa, “lo que fue cortesmente rehusado por el glorioso jefe mexicano”. Después a solicitud del propio general Forey, le fueron presentados los demás generales prisioneros, y ante ellos, les manifestó: “que la plaza había sido una cosa nueva y extraordinaria que no se registraba en los anales de la guerra europea, porque ni había sido una rendición previas las garantías que se solicitan en esa clase de actos, ni tampoco una capitulación, y que, por lo mismo, no hallaba que nombre darle; que juzgaba que habían sido rotas las armas por no entregarlas al ejército francés, no obstante de ser éste muy digno de recibirlas de los defensores de la plaza de Puebla; pero que esto no quitaba que aquel acto fuese altamente honroso para México”.

El acto de la destrucción del armamento, en sí mismo tiene un valor excepcional. En primer lugar se evitó que el invasor acrecentara su poderío bélico con el armamento, y en segundo lugar el hecho adquiere relevancia especial por cuanto a que, los vencidos, se exponían a ser tratados con rigor, como sucedió pasados los primeros días en que Forey pretendió captarse las simpatías de los generales prisioneros, y posiblemente hasta pensó en atraerlos a su causa o cuando menos lograr su neutralidad en la lucha.

Pero la dignidad de los prisioneros los mantuvo lejos de todo compromiso. De esa manera estaban en su derecho de escaparse cuando pudieran, como efectivamente sucedió. Por otra parte su actitud sirvió de ejemplo a más de cinco mil oficiales prisioneros, quienes lograron también evadirse en su mayoría incorporándose de nueva cuenta al ejército Republicano.

Los elogios de esta hazaña no tan sólo procedieron de parte interesada; pues mereció el respeto de prominentes imperialistas. Uno de ellos, el escritor Francisco Arrangoiz, se expresó así:

“Sesenta y dos días se defendió Puebla, plaza sin murallas, con fosos poco profundos y no por todos lados. Al ver que Strasburgo y Metz, dos de las más fuertes de Europa, se rindieron a los treinta y ocho días la primera y a los setenta y dos la segunda, y que en Metz era casi igual la fuerza sitiada a la sitiadora, debe considerarse como de los más bizarros y más notables hechos militares de nuestros días la defensa de Puebla, en la cual un general improvisado, pues no era su carrera la militar, les dio un ejemplo, que no han imitado, a los generales Ulric, Bazaine y otros que han mandado plazas fuertes en la guerra franco-prusiana, destruyendo e inutilizando González Ortega, antes de rendirse, cuantas armas portátiles y cuantos cañones pudo.”

Lástima que esa admiración a una proeza de fuerzas mexicanas, destinadas a mantener la independencia, no se hubiese traducido en una vuelta al honor

de los elementos adictos a la invasión francesa. En contrario, parecía que deseaban emular a González Ortega; pero sacrificando a los patriotas para ayudar a los extranjeros.

Como digno antecedente de las opiniones vertidas en el caso, la voz del Gobierno había abierto la brecha diciendo, por conducto del Ministerio de la Guerra que:

“Aunque el Supremo Gobierno aún no tiene todos los datos suficientes para formar juicio exacto, con relación a lo acaecido en la inmortal Zaragoza la mañana del 18 del corriente, no puede poner en duda que carece ya de uno de los más robustos apoyos con que contaba para defender los derechos inalienables de la Nación.

“El Ejército de Oriente sólo existe para recordar a los mexicanos sus deberes, a Napoleón III la iniquidad de sus proyectos, y al mundo, que también encuentra héroes la causa de la libertad en la tierra de los aztecas. Pero su fuerza física, su armamento todo, y demás elementos de guerra, acabaron ya por consecuencia de sucesos que, aunque previstos, no fue posible evitar.

“Así me manda el C. Presidente lo ponga en conocimiento de Ud., para que se apresure a comunicarlo a los pueblos de su digno mando, a fin de que no tomen en otro diverso sentido, especies que se hagan circular, con motivo de aquel, bien lamentable en verdad, pero siempre heroico y glorioso suceso.

“Por los informes que hasta ahora tiene el Supremo Gobierno, sabe que los buenos defensores de Zaragoza jamás llegaron a ser vencidos por sus enemigos, y antes que comprometer su palabra en capitulaciones poco convenientes o que en algo rebajaran el nombre que con su sangre habían conquistado, prefirieron romper sus armas, inutilizar su artillería y entregarse así a sus contrarios indefensos y desarmados.

“Cree el Gobierno que no pudieron hacer más, y de esta manera ha desaparecido aquel Cuerpo de Ejército, sellando con ese hecho una solemne protesta de la resolución y firme voluntad del pueblo mexicano, de continuar sin tregua la injusta guerra que sin motivo alguno se le ha traído para arrebatarle la autonomía que le pertenece como pueblo libre e independiente.”

Esta declaración fue enviada a los Gobernadores de los Estados. La impresión causada fue, a la par que de dolor, de aliento. Dolor por la pérdida sufrida del armamento y de aliento por el espíritu de aquel mensaje tan lleno de emotividad como de fe en el futuro.

Los acontecimientos que siguieron justificaron aquella confianza en el porvenir de la Patria, fincado en la libertad y la independencia.

Siguiendo la norma fijada queda algo más que decir sobre lo acontecido después de la rendición de Puebla. Un suceso así tenía que despertar el interés general, tanto de los mexicanos leales a su bandera como de los que, a pesar de haber nacido aquí la pisoteaban, por un resentimiento proveniente de la derrota que habían sufrido. No tuvieron los conservadores la entereza suficiente para conformarse con la voluntad del pueblo, que en forma patética los había repudiado.

Iniciaban ahora una cruel, despiadada y vergonzosa venganza. Haciendo causa común con los invasores trataban de entregar a Francia, personificada entonces por Napoleón III, el pequeño, a la Nación Mexicana.

Veamos algo de lo que fue pasando después del glorioso desastre. El periódico *El Monitor* de la Capital, publicó la siguiente información:

“Por conductos fidedignos, sabemos que Forey determinó establecer un Ayuntamiento a su modo en aquella ciudad; y que un tal Pardo, vecino de Puebla, quedaba nombrado —no de Prefecto como había querido— sino de agente subalterno o comisionado de policía de Forey, para darle cuenta de todo.

“Con profundísimo sentimiento hemos sabido que el Sr. González Ortega y otros Generales, salieron por fin, en diligencia, de Puebla, rumbo a Veracruz; para lo cual Forey, creyendo sin duda deslumbrar al País con su esplendidez, mandó suministrar a cada General 21 pesos, que rehusaron dignamente nuestros valientes.

“A los oficiales se les ministraron tres pesos, que también rehusaron.

“Los oficiales, al ser sacados de Puebla, emprendieron la marcha vitoreando la Independencia y la libertad y cantando el himno nacional, pero los Franceses los hicieron callar.

“Se confirma la noticia de que los traidores que entraron al principio a Puebla, comenzaron a ejercer sus venganzas de costumbre, pero los zuavos se los impidieron y los hicieron salir de la población.

“El traidor Almonte hace un papel muy ridículo y desairado, y se pasea triste y cabizbajo por las calles de Puebla.

“D. Antonio Haro y Tamariz está también en Puebla, pero se mantiene retirado de Almonte y de Forey, con quienes dice no estar ya de acuerdo.”

El comentario coloca a los mexicanos que propiciaron la intervención francesa, en la condición que les corresponde. Siento tanto horror por el calificativo “traidores” que no me atrevo a escribirlo por mi cuenta, aun cuando considero que lo merecen quienes hacen causa común con los extranjeros que, con o sin razón, hacen la guerra a la Nación.

Otra información del periódico *El Siglo*, del 25 del mismo mes de mayo habla de la llegada de algunos jefes y generales que lograron evadirse. Dice la nota:

“Ahora que han llegado a esta ciudad algunos de los Generales y jefes del Ejército de Oriente, que más se han distinguido en la defensa de Puebla, nos parece conveniente que el Ministerio de la Guerra procurara completar la historia de las operaciones militares, pues como recordarán nuestros lectores, durante muchos días faltaron noticias en México de lo que pasaba dentro de la plaza asediada, y desde que avanzó el Ejército del Centro el día 5, no se volvió a saber absolutamente nada.

“Seguros estamos de que en todos los hechos que hayan ocurrido, nada ha de haber que no sea glorioso para la República, y que el consentimiento de la verdad servirá para estimar mejor el heroísmo del Ejército de Oriente y para inflamar más el espíritu público con tan buenos ejemplos.

“Se dice que en los últimos asaltos, todos cumplieron con su deber, y que se distinguieron como siempre los Generales, de la Llave, Díaz Patoni, habiendo casi concluido las tropas de Durango que mandaba este último, y en las que hubo muchos episodios del más admirable valor.

“Del general Díaz se refiere que aparecía en todos los puntos de peligro animando a los soldados y conduciéndolos al combate.

“Nos parece, pues, necesario, que el país sepa hasta los menores incidentes, de la heroica defensa de la inmortal Zaragoza, ya que estos hechos forman un tesoro de gloria para la República.”

Puede calificarse esta nota de eufórica: sin embargo, si se analiza desde el punto de vista estratégico, el sitio de Puebla, se estará de acuerdo con tantos elogios. En realidad, los incidentes a que dio lugar el sitio y su desenlace, hacen de este hecho de armas un singular acontecimiento.

Tener el ejército francés un número mayor de tropas, disponer de mejor armamento y abundantes municiones, además de contar con el aprovisionamiento de víveres a discreción, a lo que es de agregar los contingentes de jefes, oficiales y soldados experimentados en las incidencias de la guerra, le daban al sitiador una enorme ventaja. Se aprecia ella tomando en cuenta la carencia de buenas armas y parques, la escasez de víveres, medicinas, médicos y equipos necesarios de hospitales. Si a esto se agrega la situación de los combatientes para moverse entre escombros, muertos y heridos, respirando un aire contaminado con las inmundicias acumuladas durante dos meses de continuos asaltos, rechazados siempre con supremo valor, entonces cabe pensar en que la euforia tiene sólida razón de existir, cuando todavía se estaban recibiendo noticias de aquella increíble hazaña.

En cuanto a los prisioneros que llegaban a México, formaron una gran cadena. Unos primeros y otros después fueron saliendo del cautiverio, y como buenos mexicanos, de temple de acero, volvieron a enrolarse en las fuerzas republicanas para seguir combatiendo para la salvación del país.

Al salir Juárez de México rumbo a San Luis Potosí las versiones más descabelladas principiaron a circular en la Capital de la República. Era tal la desorientación que tan aturdidos aparecían los liberales como los conservadores. Y tan de difícil apreciación es la medida adoptada por Juárez, que todavía a la distancia de un siglo hay quienes opinan que debió el Gobierno Republicano resistir, igualando o superando la acción combativa de González Ortega en Puebla.

Sobre todas las especulaciones que en la materia se han hecho, se imponen los hechos. Porque sobran argumentos de orden político y militar para acreditar la conveniencia de resistir, como también abundan las razones de todo orden para estar de acuerdo con la determinación de Juárez al abandonar el asiento lógico de los Poderes. Y puesto que no podemos combatir el orden de los acontecimientos, haremos referencia, sin más rodeos, a las repercusiones sobre la rendición de Puebla.

Aun tratándose de este hecho concreto hubo discrepancias, tanto en lo que se refiere a la posibilidad de romper el sitio cuanto a la intención de llevar refuerzos a los sitiados.

“No seremos nosotros, dice don Justo Sierra, quienes tratemos de paliar el error cometido por el Gobierno de Juárez al ordenar la introducción de convoy, operación imposible según el arte. ¿Y para qué era el convoy? Sólo para prolongar veinte días, a lo sumo, la resistencia de la ciudad.”

Las predicciones no siempre dan en el clavo. Y aquí se trata más bien de conjeturas de hechos consumados. Forey creyó al iniciar el sitio de Puebla que sería cuestión de diez días para posesionarse de la plaza, y sin embargo apenas si lo consiguió después de 62 días de constantes asaltos, que le costaron grandes pérdidas de hombres para al final conquistar ruinas y multitud de problemas.

Y sigue comentando el caso don Justo: “El Presidente había llegado al cuartel general del Ejército del Centro, con su Ministro de Guerra para sostener el acuerdo que empujó a Comonfort hacia el desastre. Ese ejército había permanecido en la inacción, clavado allí por la seguridad que tenía Comonfort de que Puebla no resistiría ni los ocho o diez días que le daba Loizillon, comenzó a moverse sólo para entregar sus miserables reclutas al cañón enemigo. El 7 de mayo pernoctó en San Lorenzo, y a la madrugada del día siguiente fue sorprendido... a pesar de eso, no se perdió todo el material, y se salvó parte de la tropa, por azares que impidieron el cumplimiento de órdenes inverosímilmente desatinadas del Cuartel Maestre, función encomendada a un viejo militar, el general D. José María Yáñez.”

En la guerra alguien gana y alguien pierde. No se puede pensar en los empates. Para Comonfort aquella derrota significaba un percance doloroso. Después de su desdichada repulsa a la Constitución, que él mismo había

jurado respetar y hacer respetar como Presidente de la República, después de su caída de este alto puesto, de su destierro y de la dura controversia con don Benito Juárez para cooperar nuevamente en la causa liberal, y lograr su objetivo mediante la ayuda decidida y decisiva de don Santiago Vidaurri, señor del poderío del noreste, tenía el propósito de actuar donde su capacidad le permitiera para realizar proezas de tal magnitud que por sí mismas lo reivindicaran ante la Nación.

Quiso el destino que en esa primera gran oportunidad se eclipsara su sol, al conseguir en lugar del triunfo una severa derrota.

La forma despectiva de mencionar a los soldados como "miserables reclutas" no corresponde a la realidad, porque eran de los mismos que habían triunfado en Puebla el 5 de mayo y en la de Calpulalpan. De acuerdo en ello está don Justo cuando dice: "Y esos ejércitos formaron al fin el que, adiestrado en la derrota, conquistó la victoria en las gloriosas etapas de Peñuelas y el Sur de Jalisco, de Silao a Guadalajara, de Guadalajara a Calpulalpan". (*Juárez: Su Obra y su Tiempo*).

Y con la elocuencia de una firme convicción que es pregón de entusiasmo, que brota sin limitaciones claudicantes, leemos:

"La fracción reformista sobrenadaba; era inexperta, bulliciosa, gritona, mascadora de clérigos, con la precisión con que el rey de los infiernos del Dante masca a Judas; en el fondo, resuelta a sacudir hasta en sus cimientos al mundo añejo, a arrancar el árbol de la tradición, a hacerlo arder como leña vieja; en el fondo, dispuesta al sacrificio por las ideas, capaz de morir como Leandro Valle, de pelear como Porfirio Díaz, de hablar como Altamirano, de pensar como Ramírez, de cantar como Prieto, de triunfar como Zaragoza, de escribir como Zarco, de entusiasmar como González Ortega, de creer como Juárez. Esta brillante flora del océano popular trataba de solidificarse, de formar masa con el pueblo, cuyo derecho proclamaba y cuyo porvenir creaba, trataba de convertirse en un grupo nacional transformando el credo de la Reforma, como se decía en todas las tribunas de aquellos años tumultuosos, en la religión política de la Patria; tarde se hubiera logrado, quizás nunca, sin las crisis formidables por la intervención: ella, removiéndolo todo, hizo del sentimiento reformista y el nacional una cosa sola."

¿Qué significaba entonces la derrota de Comonfort en aquella ocasión? Un tropiezo, agregado a otros muchos, y a los que estaban por venir durante los dos años siguientes. Cosa es, simplemente, de considerar que sucedió lo mejor que podía haber sucedido. De haber logrado Comonfort entrar a Puebla, ¿qué hubiera sucedido entonces?

Es difícil fijar las consecuencias. Se jugó una partida difícil en el ajedrez de la guerra y se perdió. De haberse ganado tratándose como se trataba de

un movimiento que no tenía las proporciones definitivas, podía resultar conveniente para las siguientes operaciones, o tal vez consecuencias fatales.

Comonfort se encontraba emotivamente desesperado. Se daba cuenta cabal de que no contaba con los elementos necesarios de hombres y pertrechos de guerra suficientes para enfrentarse en grande escala a un ejército más numeroso, disciplinado, veterano en los menesteres de la guerra, y perfectamente armado.

Pero había sostenido numerosas acciones menores con el enemigo, tratando de distraerlo con el fin de que González Ortega lograra una oportunidad para romper el sitio; pero el invasor contaba con suficientes elementos que le permitían distraer a miles de soldados en combates fuera del cerco de la ciudad, sin descuidar un momento los efectivos que la rodeaban.

A pesar de todo, presionado por sus propios sentimientos de honor y por las opiniones de sus superiores se aventuró a la arriesgada empresa para llevar víveres y pertrechos de guerra a los sitiados con los resultados dichos.

Queda, eso sí bien claro, que las fuerzas al mando de Comonfort no estaban inactivas, "clavadas" en sus posiciones. La mención de cuantos combates sostuvo constan en la correspondencia continua que mantuvo con Juárez y el Ministro de la Guerra.

Se perdió la acción y eso es todo.

Bien conocida es la obra antipatriótica de don Francisco Bulnes, *El Verdadero Juárez*. Antipatriótica porque se vale de sofismas y de lucubraciones estratégicas para tratar de convertir a Juárez en un pobre hombre incapaz de gobernar a México, por su desconocimiento según él de la economía, la administración pública y el arte de la guerra. En estas premisas, adornadas con suposiciones a base de cátedras baratas, después su escritorio, oloroso a rosas recién cortadas, escribe cuanto se le ocurre para denigrar la figura de Juárez, que la opinión pública ha consagrado con el carácter de libertador de la República.

Pero vamos al punto que nos ocupa. Lo de Puebla, en su segunda entrevista guerrera con los invasores franceses. Para Bulnes fue un error encerrarse en Puebla para resistir un sitio, cuando debieron emplearse otros recursos que la táctica aconsejó. Y sin cuidarse de los calificativos tacha al general González Ortega de inepto, toda vez que podía haber seguido una serie de operaciones que al señor Bulnes le parecen más conformes con la situación. Y después de poner verde a González Ortega, como lechuga al alcance de los conejos, no tiene empacho en asegurar que "el Gral. González Ortega poseía cualidades para ser buen General: era valiente, enérgico y sabía mostrar voluntad inflexible".

¿En qué quedamos? El propósito de hablar de lo que no se entiende, o

no se quiere entender, es apropiado para despeñarse por la pendiente de las malas artes.

En el caso del Ing. don Francisco Bulnes, hombre talentoso, que no conforme con la fama de que disfrutaba en los medios políticos y literarios, entraba, sin ser llamado, al ámbito de la historia, y lo hizo con pie cojo; pero logró lo que buscaba, que la prensa se ocupara de él durante largo tiempo por su libro ya mencionado, *El Verdadero Juárez*.

Tal vez en su fuero interno trataba de halagar al general Porfirio Díaz, cuya figura, con ser grande, se achicaba frente a la de Juárez, que adquiría más y más personalidad a medida que el tiempo pasaba. No advertía Bulnes, desde su butaca de la Cámara de Diputados, allá por 1904, que la glorificación de Juárez, al cumplir cien años de su natalicio, la venía preparando precisamente el general Díaz tal vez como desagravio a los ataques verbales y de hecho, con las armas en la mano, que le había ocasionado en su afán incontenible de llegar a la Presidencia de la República.

Este episodio provocado por Bulnes lo cerramos, pues la respuesta la tuvo a la medida, de verdaderos historiadores, como don Carlos Pereyra.

Dejemos en San Luis Potosí a don Benito Juárez y a su Gobierno reducido al mínimo de personal para allegar algunos datos más al complejo problema de la defensa de Puebla y de la ciudad de México. Se trata de datos de primera mano pues copiaré algunos párrafos de las cartas que por esos tiempos llevaron propios a lomo de caballo.

Retrocediendo un poco en el tiempo vale la pena dar a conocer algunos párrafos de las cartas cambiadas entre Comonfort y Vidaurri las que ilustran mucho en esta contienda, pues constituyen documentos de gran valor histórico puesto que se refieren a los acontecimientos que estaban sucediendo, en los que ambos eran actores en forma prominente, además de que, tratándose de comunicaciones personales, lo que en ellas se dice es producto de la impresión espontánea, que no está sujeta a las normas oficiales de carácter público.

Por ejemplo, en carta amplia que envía Comonfort desde la capital el 3 de enero de 1863, después de condolerse de la situación que priva en Tamaulipas y en Nuevo León expresa: "Yo me desvivo por poner a esta Capital en estado de hacer una defensa digna de la Nación; pero tropiezo a cada paso con el invencible obstáculo de la horrorosa miseria que por todas partes nos persigue. En fuerza de afanes y del más arduo trabajo logro mantener bien que mal las Divisiones de este Cuerpo de Ejército: pero esta lucha continua que no me deja tiempo para dormir ni para comer ha aniquilado mi salud. Desde hace días he vuelto a padecer los efectos de las enfermedades que adquirí en la carta y esta circunstancia que se presenta

en los momentos que requieren por mi parte la mayor actividad, me tiene sumamente mortificado.

"Las fuerzas del Estado siguen bien y animadas para la campaña que estamos próximos a emprender: pero mi ansiedad es extrema al considerar las escaseces que sufren, y que me esfuerzo en aliviar todo lo que me es dable.

"En fin el momento decisivo se acerca y yo muy pronto saldré con la División de reserva, compuesta en su mayor parte de las fuerzas de Nuevo León, para ponerme en el caso de ayudar en lo posible, las operaciones del Ejército de Oriente. Por la reseña que se le manda verá Ud. las posiciones que están ocupando los franceses quienes ya han emprendido su movimiento sobre Puebla, suponiéndose que en todo el curso de este mes atacarán a la Plaza.

"Mis hijas, gracias a Dios, siguen buenas según me escriben y debiendo a usted como siempre, las más finas atenciones."

Queda así, sobriamente, pintada la situación por Comonfort. Poco puede esperarse de quienes están obligados a defender el suelo mexicano. Sin embargo, en conocimiento de que van al sacrificio, no escatiman esfuerzos y hacen frente a la situación arriesgándolo todo.

Por su parte, Vidaurri habla de calamidades, de escasez de elementos para la guerra, de la inutilidad de su propósito de enviar a México 4 cañones de que carece, y en fin, principia un regateo sospechoso sobre sus planes futuros.

En otra carta de Comonfort, fechada el 21 del mismo mes de enero hace una minuciosa relación a Vidaurri de cuanto está sucediendo, en especial de la situación que guardan los contingentes de Nuevo León: Rifleros de Nuevo León, 3er. Regimiento de Parras, Lanceros de Monterrey, Rifleros de Infantería, mandados el primero por el coronel Quiroga; el segundo por el coronel Piñón; el tercero por el coronel Gorostieta; quedando los tres cuerpos al mando del coronel Quiroga.

Se explica esta predilección de Comonfort por Quiroga, pues se siente muy obligado con Vidaurri por el empeño, que llegó a la terquedad, para que Juárez olvidara su defección de la causa liberal al desconocer, siendo Presidente de la República, la Constitución. Además sus hijas, desde que llegó a Monterrey, estaban al cuidado de Vidaurri quien las atendía con esmeros y "puede Ud. confiar —le decía— en el fraternal cariño que les profeso y en la estimación a que son acreedoras por sus buenas prendas. Viva Ud., pues, tranquilo respecto a ellas y descanse en mis ofrecimientos." Y termina Vidaurri su carta con estas expresiones: "Sabe Ud. cuánto lo ama este amigo, hermano y servidor."

No había exageración en las palabras de Vidaurri si nos atenemos a la protección sin límites que proporcionó a Comonfort y a su familia cuando lo recibió y atendió en Monterrey al regresar del destierro. Siguiendo a esto una serie de correspondencia con Juárez ante su exigencia para que lo aprehendiera y remitiera a México para procesarlo por su defección. Durante esta controversia, que llegó a momentos de encono logró Vidaurri la autorización tácita de Juárez para que continuara en el país, y a poco caminar lo incorporó al Ejército Republicano, distinguiéndolo con los más altos puestos, como el Jefe del Cuerpo del Ejército del Centro y Ministro de la Guerra.

La correspondencia entre Vidaurri, Juárez y Comonfort es continua. Los tópicos principales en esos momentos se relacionan con la guerra en contra de las fuerzas francesas. Vidaurri en varias ocasiones se lamenta de no poder complacer al señor Presidente, que desea se le remitan cuatro cañones que debían traerse desde Tampico, que al fin llegan a Monterrey, en "desastrosas condiciones", agregando que "Jamás me he visto tan afligido como ahora, ni tan temeroso de que se atribuya a abandono, disimulo o se me haga cualquier otro cargo inmerecido y lo único que me tranquiliza es que he estado dando continuos y repetidos partes de cuanto ha ocurrido en este desgraciado negocio, en el que se han estrellado mi paciencia, mi constancia y el decidido empeño por situar en esa la artillería de Tampico; que con razón quería yo que se transportara toda aunque fuera a Ciudad Victoria. Suplico a Ud. hable sobre este particular, con el Sr. Juárez; y persuádalo de mi adhesión y de mis afanes; pues este asunto me causa repetidos insomnios."

Por su parte, Comonfort le informa de todos sus movimientos encaminados a detener el avance de los franceses en Puebla, y le dice que debe estar tranquilo por lo de los cañones, "pero hay además —agrega— la circunstancia de que el señor Presidente hace a Usted la justicia que merece y lejos de acusarlo está satisfecho de su conducta eficaz y patriótica. Así me lo ha manifestado hace pocos días, cuando con motivo de su venida a Puebla, le hablé sobre el particular".

Hasta esos momentos Vidaurri se mostraba adicto a la República. Seguía con marcado interés el encuentro de los dos ejércitos en Puebla. ¿Qué pensaba sobre el resultado?, ¿cuál sería su reacción? Antes de ello, casi en vísperas de iniciarse el sitio, decía: "Satisfactorio es el brillante estado que guardan nuestras fuerzas defensoras de la independencia nacional, y aliento la halagüeña esperanza de que se cubrirán de gloria salvando la nacionalidad."

Con fecha 17 de mayo, precisamente el mismo día en que el general González Ortega rendía Puebla al general Forey, escribe el general Comonfort a Vi-

daurri muy extensa carta. Por supuesto que no se habían recibido noticias en México de este lamentable acontecimiento, por eso no hace referencia de él.

Menciona el descalabro que sufrió al pretender introducir un convoy de víveres a Puebla, cumpliendo disposiciones del Secretario de la Guerra. "Esta orden —dice— equivalía lisa y llanamente a encomendarme derrotase yo con ocho mil hombres y en campo raso, al ejército invasor, desalojándolo de sus posiciones retrincheradas y rompiendo a viva fuerza el sitio de la plaza. Estas observaciones así como las consecuencias trascendentales que debían seguirse las hice presentes repetidas veces al Ministro de la Guerra, procurando hacer comprender lo aventurado de una empresa que con tan poco fundamento se suponía realizable. . . Mas fue inútil y las órdenes terminantes que recibí en contestación fueron de cumplir a todo trance lo dispuesto."

Agrega sobre este asunto, de suma importancia para la guerra y para su prestigio militar, que tomó todas las precauciones del caso para cumplir las órdenes recibidas; pero en sobre cerrado dejó constancia de sus observaciones a efecto de justificar su actitud. "Marché, pues —expresa—, condenado como antimilitar, a todas luces, a cumplir la referida expedición, y lo que es peor aún, teniendo el sentimiento de oír la también condenar por la mayor parte de los jefes que iban a mis órdenes: tal es a veces la triste situación del soldado sumiso y obediente."

Surge una interrogación: ¿Por qué Comonfort informa de manera tan amplia a Vidaurri? La contestación es obvia: porque se sentía obligado con el amigo que había arriesgado su posición frente a Juárez en los momentos más difíciles de su vida. Creía que era cuestión de conciencia que su amigo supiese que en ningún momento lo había defraudado y que era fiel y seguía siéndolo de la República encarnada en Benito Juárez.

Para quienes, como Bulnes, achacan la derrota de Comonfort a su impericia, hubieran cambiado de opinión al conocer el fondo real de la cuestión y admirarían a Comonfort al enterarse de estos pormenores: "Lo único que le haré presente es: que rechazada la primera División y en dispersión parte de la 2da., la Providencia, obrando un milagro en favor de la causa santa de México, me permitió evitar un desbandamiento general en los momentos que parecía iba a realizarse: formé en seguida y bajo los fueros de los franceses una segunda línea de batalla que detuvo a aquéllos cuando esperaban coronar su triunfo con la destrucción de todo el Ejército del Centro."

La relación toca los puntos de mayor importancia. Para Comonfort aquella desafortunada intervención le había producido un efecto terrible en su dignidad de soldado, pero sin quebrantar su decisión de continuar en las

filas republicanas, aceptando de buena gana cualquier sacrificio, y así lo comunica con toda sencillez. "En vista de esto y en obsequio del mismo Gobierno, cuya acción en beneficio de la defensa nacional deseo facilitar por todos los medios que estén a mi alcance y haciendo todo género de sacrificios he creído deber renunciar al mando del Ejército del Centro para que se llene ese vacío de manera que el nuevo Jefe encuentre entre sus subordinados la homogeneidad y armonía que yo no encuentro.

"El Gobierno ha nombrado para ese puesto al Gral. Don Juan José de la Garza."

Por supuesto que le rinde un especial informe de las fuerzas de Nuevo León, con mención obligada del coronel Julián Quiroga. Y concluye su carta con este renglón que encierra su estado de ánimo: "Mi conciencia está tranquila, aunque lacerado mi corazón."

Dejamos en este punto lo relativo a la correspondencia entre Comonfort y Vidaurri, la que pone en claro lo que sucedió con el Ejército del Centro, enviado al mando de Comonfort, con el fin de ayudar al general González Ortega, que se encontraba encerrado en Puebla, en virtud del cerco que había ejecutado Forey con más de 36 mil franceses.

De lo que transcribí se puede advertir la lealtad de Comonfort a Juárez, y la íntima amistad y cariño que le profesaba a Vidaurri. Pero tiempo es ya de que nos incorporemos a Juárez en San Luis Potosí, en donde lo dejamos instalado.

Al renunciar el general Doblado como Secretario de la Guerra, por su preocupación de su Estado, a donde se va para preparar a su gente, a efecto de hacerle frente a los franceses, don Benito Juárez designa en su lugar al general Comonfort, quien acepta el puesto a pesar de sus enfermedades reumáticas, que a veces lo incapacitan para caminar; pero aduce que antes que su salud está la Patria.

El día 12 de noviembre de 1863, poco después de hacerse cargo de la Secretaría de Guerra, sale con destino a Querétaro con el fin de inspeccionar las fuerzas al mando del general Negrete. En Chamacuero cae en una emboscada que le tiende el guerrillero Sebastián Aguirre resultando muerto. La pequeña escolta que lo acompaña es aniquilada. Termina así la vida de un hombre pundonoroso, honesto y valiente, cuya bondad lo llevó a cometer faltas graves.

Quedan en San Luis el licenciado Sebastián Lerdo de Tejada, don Guillermo Prieto y don José Ma. Iglesias, este último Ministro de Hacienda.

Iglesias era un escritor de alta categoría por su cultura y su firme apego a las ideas de libertad e independencia, fundamentales de la doctrina liberal.

En abril de 1862 principió a escribir sus impresiones sobre los acontecimientos desarrollados en México, que reunidos en un volumen titulado *Revistas Históricas sobre la Intervención Francesa en México*, constituyen un legado histórico de incalculable mérito.

De este libro copiaré algunas menciones muy interesantes sobre la rendición de Puebla. Tienen el mérito de tratarse de descripciones sobre hechos recientes captados por el escritor, con la fidelidad que se desprende de las versiones de numerosos testigos presenciales, de participantes, y de documentos fehacientes. Es así como se advierte de su lectura el sabor de la verdad y de la justicia.

Expresa el licenciado Iglesias:

"La ínclita decisión de los defensores de Zaragoza, llenará de asombro al mundo, así por su sublimidad, como por tratarse de un hecho inaudito en los anales militares. La defensa de la plaza había sido ya demasiado heroica, para que sin mengua del decoro se aceptaran las condiciones de práctica universal en casos semejantes. En el sitio, de duración igual al segundo de la Zaragoza situada a los márgenes del Ebro, habían abundado hazañas merecedoras de eterna remembranza. Cuando está ya a salvo el honor militar, se busca en una capitulación honrosa la concesión de garantías personales para una guarnición obligada a rendirse. Estaba reservado a los soldados mexicanos, después de haberse batido con heroicidad, dar el insigne ejemplo de una abnegación patriótica que les hizo olvidarse de sí mismos, para que fuera menos fructuoso el accidental triunfo del enemigo extranjero.

La caída de Puebla, corona espléndida de un triunfo memorable, será en la historia de México una página escrita con diamantes.

"La ciudad altiva, ocupada, pero no tomada; rendida, pero no vencida, vio entrar por sus calles a los soldados del emperador, en unión de los traidores, que fueron apedreados sin que lo impidieran sus aliados, de quienes son vistos con merecido desprecio..."

"Los generales presentes hicieron constar por escrito su renuncia a firmar, tanto por prohibirles las leyes de la guerra aceptar compromisos que menoscabaran la dignidad del honor militar, como por prohibírsele también sus conciencias y opiniones particulares..."

"Irritado sin duda de tanta firmeza el general enemigo, tomó entonces la determinación de sacar a los recalcitrantes rumbo a Orizaba y Veracruz.

¿Qué se propone hacer con ellos? Si en virtud de la resistencia que han mostrado, piensa conservarlos en prisión segura, para que no vuelvan a empuñar las armas en su contra, como han protestado hacerlo, está en su derecho ciertamente. Pero si va a mandarlos a la Martinica, según se ha anunciado ya, cometerá un acto de barbarie...

"La falta de compromisos por parte de los prisioneros de Zaragoza, los ha puesto en aptitud de escaparse, para seguir restando sus importantes servicios en la presente guerra de independencia. Así lo han efectuado ya muchos de los jefes y oficiales y aun algunos de los generales, habiendo llegado de éstos a la capital los C. G. Berriozábal, Díaz, Negrete y Régules."

La interesante relación que hace el licenciado Iglesias corresponde a las noticias de los mismos jefes y oficiales que lograron evadirse durante los últimos días del mismo mes de mayo. A este particular menciona que: "De los oficiales que han recuperado la libertad, unos ochenta la lograron en la hacienda de los Alamos, salidos ya de Puebla, echándose sobre la fuerza que los custodiaba. En este acto de arrojo perecieron dos o tres de ellos..."

"Los generales han salido en coche. La opinión más generalizada es que se les conducirá a Francia hasta la conclusión de la guerra."

Interrumpiendo la viva descripción del licenciado Iglesias, cabe hacer algunas pertinentes consideraciones: El general Forey quedó tan profundamente impresionado con el desenlace del sitio de Puebla, y con la actitud digna y patriótica de los generales, jefes y oficiales, a pesar de su cautiverio, que cabe pensar en que su actitud de rudeza era simplemente de forma y no de fondo.

En efecto así lo hace entender el hecho de que los prisioneros de alta jerarquía se evadieran en número importante y unos cuantos días después de la rendición de la plaza. Hay que tener en cuenta, para formular un juicio más o menos exacto, que Forey empleó recursos amables para granjearse la amistad o cuando menos la buena voluntad de los prisioneros, agasajándolos primero con vino, y a la hora de salir de Puebla rumbo a Veracruz, con algo de dinero, que altivamente rehusaron aceptar.

Es de pensarse que Forey sintiera contrariedad y disgusto por aquella actitud tan radical, cuando les brindaba la oportunidad de suavizar las molestias del cautiverio. En consecuencia es indicado que hubiese tomado todas las providencias del caso para la seguridad de los prisioneros, y de acuerdo con los hechos no sucedió así.

Cabe, ante tal situación, escoger entre estas dos proposiciones: Forey, como militar, era un pobre diablo, o Forey, antes que militar, era sensible a los hechos heroicos.

En mi concepto, todo hace suponer que la contextura espiritual de aquel

experimentado militar encaja en el segundo presupuesto. De otra manera, habría que colocarlo en la categoría de un recluta.

Terminada esta disquisición seguiré presentando los comentarios del licenciado Iglesias, que en mi concepto contienen una gran dosis de conocimientos que podemos llamar de primera mano, sobre la caída de Puebla.

Escribe Iglesias en su diario en el mes de junio —1863—: "El inesperado desenlace del sitio de la moderna Zaragoza, así como otros motivos muy importantes, no permitieron que se hiciese efectivo el proyecto de defender a México con todo el empeño deseado. Ni las fortificaciones estaban todavía concluidas, ni se contaba con el número de piezas de artillería necesario para la extensa área en que debían colocarse, ni la fuerza armada era la competente para la magnitud de la empresa, ni se había hecho el acopio de víveres indispensables para evitar la repetición del triste acontecimiento que había hecho sucumbir, a pesar de su heroísmo y de sus proezas, al inmortal ejército de Oriente..."

"También habría sido una locura imperdonable hacer inevitable la pérdida de los poderosos elementos de guerra que a su disposición tenía el supremo gobierno, y que si bien eran insuficientes para la defensa de la capital de la república, tenían en cambio un valor inmenso, reservados para la continuación de la campaña..."

"Publicóse, pues, un decreto en que, declarándose a San Luis Potosí capital interina de la República, se acordaba la traslación a ella de los supremos poderes..."

Se emprendió la marcha sin precipitaciones, sin temores y sí con un gran espíritu combativo. Las penalidades del viaje se compensaban con la actitud del pueblo en general. "Su marcha —escribe Iglesias— hasta San Luis fue una ovación no interrumpida, en que autoridades, fuerzas armadas, particulares y pueblo, se esmeraron en tributarle las más inequívocas demostraciones de aprecio y respeto. Adornos de casas, iluminaciones, músicas, cohetes, salvas, banquetes, discursos, cuantos testimonios de afecto son imaginables, producidos con profusión en el tránsito por los cuatro Estados: México, Querétaro, Guanajuato y San Luis.

Entre los escritores mexicanos de fines del siglo pasado y un tercio del actual, se destaca, entre los más famosos, don Victoriano Salado Alvarez, injusta y lamentablemente olvidado o casi olvidado.

Nació en el pueblo de Teocaltiche, Jalisco, en 1867 y murió en México en 1931, cuando había cumplido 64 años de edad. Su producción literaria fue muy abundante. Escribió varios libros filosóficos, históricos y literarios

y millares de artículos en revistas y periódicos. Ocupó puestos oficiales de importancia, como Subsecretario de Relaciones Exteriores, Diputado y Senador del Congreso de la Unión, y Embajador en varios países.

Vayan estos datos como presentación de una positiva autoridad en materia histórica y literaria a efecto de que se dé la categoría que corresponde a lo que transcribiré sobre el general González Ortega, de su famosa obra *Episodios Nacionales* comprendida en 14 volúmenes, referentes a los más destacados sucesos históricos de México, acaecidos de 1851 a 1867. Queda, pues, comprendida la etapa de la Intervención Francesa.

Siguiendo Salado Alvarez el estilo de Pérez Galdós, en sus *Episodios Nacionales*, presenta con maestría la historia novelada en forma amena, atractiva, sin apartarse de la verdad, de la participación del general Jesús González Ortega en el sitio de Puebla.

Pero, a guisa de presentación de este gran general, procede hacer un lugar distinguido a la sal y la pimienta con que adereza don Victoriano sus sabrosos relatos. Vayan como prueba los recuerdos que le adjudica al personaje que teje y desteje la malla de los sucesos. Dice:

“El 20 de diciembre llegamos a Arroyo Zarco (1860) y supimos que desde tres días antes estaba allí el Cuartel General. Mi primer deseo fue ocurrir a saludar a González Ortega, a quien quizá he dicho ya que conocí en sus tiempos de estudiante, pues apenas había entre nosotros unos cuantos años de diferencia. La recepción que me hizo el famoso “curro” fue tan cordial y cariñosa como si el día anterior hubiera dejado de embozarse en el menguado barragancillo con que le había conocido y que él terciaba con aire de caballero de las Cortes de los Felipes; pero habían pasado tantas cosas que ganas me daban de negar la identidad entre aquel general que simbolizaba las esperanzas de nuestro partido y el muchachuelo tracista, maleante, que había conocido en las aulas.

“¡Y vaya si era maleante y tracista el gran soldado! Una vez...

“Pero procedamos por orden, que quizá exprimiendo la memoria logre decir de González Ortega algo que no ande en los manualitos de Historia ni en las biografías oficiales.

“Jesús González Ortega había nacido en una hacienda llamada San Mateo Valparaíso, propiedad de los condes de este título y después de los marqueses de Jaral de Berrio. Resultó el chico avispadillo y modosito, y su padre, don Laureano, se propuso darle educación científica. Ya se sabe; en aquel tiempo no se comprendía que un niño fuera a propósito para las letras sin que se pensara luego en hacerle cura o por lo menos abogado.

“Desgraciada o felizmente, el padre de nuestro chico acabó con sus cortos recursos o perdió su colocación de mayordomo de hacienda y fue necesario

enviar por Jesús, que tuvo que seguir la triste carrera de estudiante destripado: Hoy dependiente de comercio, al otro día empleado en finca de campo y al siguiente curial del Juzgado de paz o secretario del Ayuntamiento.

“De todos esos destinos el que tocó a González Ortega fue el de curial, y asesorando al alcalde, que de seguro lo era algún tendero de posibles, sorprendió a nuestro hombre la revolución de Ayutla...

“Triunfó la revolución y Ortega cambió el puesto de secretario del Juzgado de paz de Santa María del Teul por el de secretario de la Jefatura Política de Tlaltenango, que servía un buen patriota y viejo soldado que se llamaba don Ignacio Méndez Mora”...

Sigue el relato sobre las alternativas de González Ortega en sus menesteres covachuelistas, cuando recibe el Jefe Político la consigna para hacer las elecciones de diputado local, y conociendo la habilidad de su secretario le encomienda la delicada a la par que sencilla misión, y resultó que “el rábula, como se dice con frase vulgar y gráfica, se comió el mandado, y en vez del politicastro provinciano que estaba previsto administrativamente, resultó diputado el propio don Jesús González Ortega”.

A esta habilidad, digna de aplauso por cuanto rompía la consigna electoral, aun cuando fuese en mínima parte, había que agregar según Salado Alvarez, su aplicación a “dos cosas, las únicas que amó en la vida, la poesía y las mujeres; pues a la gloria y a la libertad que también le atrajeron con su señuelo irresistible, se aficionó nomás porque eran dos mujeres”...

Sigue el narrador mencionando conquistas y reconquistas del valiente militar, poeta y escritor para explicar que “esta digresión o lo que se llame, no es ociosa, pues el tipo de estos chinacates amorosos y valientes lo fue González Ortega, de quien decían sus amigos que era el terror de los hombres y el encanto de las mujeres”...

Siendo Diputado González Ortega del Congreso de su Estado, Zacatecas, acreció la revuelta conservadora, que había adornado con lauros la cabeza fuerte y ágil de Miramón. De triunfo en triunfo estaba por llegar a Zacatecas, y en tal trance autoridades y vecindario se disponían a entrar en arreglos con el audaz reaccionario. En tales condiciones González Ortega se autonombra Gobernador del Estado y...

“Saliendo de Zacatecas empezó su carrera de administrador y de soldado, reuniendo hombres y dinero, decretando medidas extremas contra la reacción y luchando sin cesar por su credo. Y entonces se vio algo raro y que parecía como cuento: El pobre tinterillo, el hijo de un administrador de hacienda, el poetastro abundoso y lleno de verba, se convirtió en un genio de la guerra. Ignoraba lo que era el flanco derecho y el flanco izquierdo, y había obtenido contra el talento y la ciencia de Miramón la brillante victoria de Silao, en

que con intuición maravillosa adivinó cómo había que vencer al gran soldado conservador.

“Y es que todo lo tenía Ortega: el ardimiento de los héroes, la clarividencia de los genios, la atracción de los conductores de hombres, la hidalguía de los paladines y la tenacidad de los férreos zacatecos que detuvieron el paso de los conquistadores por tantos años.”...

Magnífica semblanza con briznas de biografía del héroe abatido, pero no humillado, en el sitio de Puebla.

El amplio escenario en el que se desarrolla el sitio de Puebla: 36 mil franceses, acompañados de acomplejados mexicanos que han renegado de su patria, rodean la ciudad metidos hasta el pescuezo en las fosas que han abierto en varias líneas mantienen con cañones y fusiles el fuego sobre la ciudad... Adentro, 20 mil soldados mexicanos defienden la plaza, haciendo uso de cañones anticuados y de fusiles no muy buenos; carecen de alimentos suficientes, de agua, municiones y servicios sanitarios. Pero ni así han sido capaces los invasores de tomar la ciudad. Han pasado dos meses y sienten la acción indómita de quienes pretenden a toda costa conservar la libertad y la independencia.

Magnífico panorama para don Victoriano Salado Alvarez. Pinta con vigor y realismo numerosos cuadros, en los que se destaca lo blanco y lo negro de la situación. Tengo que frenar la tentación de transcribir estos magníficos brochazos, pues alargaría más de la cuenta mi relato. En esta razón me apoyo para concretarme a decir que con fresca galanura menciona una serie de anécdotas, en las que se advierte la entereza de los sitiados. Bromas, chistes, corrillos en que se discute la forma de romper el cerco o aguantar la pelea diaria al máximo; pero nada que menoscabe el honor militar ni la dignidad del mexicano, mexicano.

Llegamos así al punto crítico. Es el día 16 de mayo; la situación es ya intolerable, se carece de todo y se impone una resolución. Reúne González Ortega a sus generales, y después de un amplio cambio de impresiones se acuerda evacuar la plaza mediante un acuerdo honroso con Forey, a cuyo efecto se designa una comisión para que se entreviste con él.

Dejo a la amena descripción de don Victoriano las peripecias de este singular episodio:

“El dieciséis de mayo la gente parecía de hambre, pero todavía aguardaban los defensores continuar en su empeño, Miguel recibió un recado del Cuartel General. Estaba Ortega en su despacho, en unión de su indispensable Mendoza; acaba seguramente de regresar de su diaria visita a los fuertes, re-

ductos, puestos y almacenes, pues todavía guardaba el capote militar que se había puesto por la mañana. Vestía de color gris y llevaba un sombrero de fieltro; estaba pálido y nervioso, y se azotaba las botas con un fuecillo.

“¿Se llamó ya —preguntó con voz imperativa— a ese capitán de Guanajuato?”

“Aquí lo tiene usted, contestó Mendoza.”

“Presente mi General —balbuceó Olivos, tocándose el quepís.

“Bien —dijo el Jefe mirando apenas a Miguel— dele usted sus órdenes —agregó dirigiéndose al cuartelmaestre— (Gral. González Mendoza) y despachen eso en seguida... ¿Están listos Lalanne Togno?...”

“Salieron los cuatro caballeros rumbo al campamento francés, y luego que se anunció mediante las señas acostumbradas que llegaban parlamentarios del ejército mexicano, salieron a recibirlos el capitán Verzin, del primero de zuavos, un sargento de cazadores de a pie, llamado Delhonette, y dos soldados de cazadores de Africa. Con los ojos vendados atravesaron los parlamentarios una grandísima extensión de campo... Llegaron así al campamento del primer batallón de zuavos. El coronel Martín salió a recibirlos, mandó quitarles las vendas y dispuso comunicar al general Forey la presencia de los enviados...”

Vino la respuesta de Forey, y vendados nuevamente, se les guió a su presencia. Eran ellos el general González Mendoza, el coronel Lalanne, y los capitanes, Olivos y Togno.

“Llegaron por fin al Cuartel General de Forey. Recibiélos con exquisita cortesía el jefe del Estado Mayor, Coronel D’Auvergne. El coronel era alto, flaco, acartonado, rubio, de mal gesto, parecía un cartujo que por penitencia anduviera en el siglo, y en realidad era la vocación de D’Auvergne, pues, atacado de una especie de locura mística, tuvo que dejar el servicio, años más tarde, por haber ido llevando una de las varales del palio del Santísimo en una procesión, vistiendo de todo uniforme y lleno de condecoraciones.

“Forey tenía fama de ser un sargentón, mas como amo de casa era irrepachable. Ofreció de nuevo un tentempié a los recién llegados, y como rehusaron, les obsequió con un coñac que contaba más años que la monarquía francesa...”

“Señor general —dijo González Mendoza—, comisionado por el señor general en jefe de la plaza de Puebla vengo a suplicarle nos conceda un armisticio que sirva para dar fin a este sitio, que ya se prolonga demasiado...”

“¿Ya para qué quiere armisticio el general Ortega?”

Señor, como la situación, aunque soportable, empieza ya a ser difícil, querríamos darle solución a un problema que en la actualidad no tiene salida.

“Luego que Lalanne concluyó de traducir lo que decía Mendoza el francés exclamó dando un paseo a lo largo del cuarto:

“¡Qué soportable ha de ser la situación! (y empezó a manotear con brusquedad). No hay en Puebla un grano de maíz, no hay un trozo de carne, no hay un quintal de pólvora... Se mueren ustedes de hambre, se acaban, se destruyen... ¿A qué conduce esta necia terquedad?

“El ejército mexicano ha demostrado que es valiente, que se respeta, que conoce y cumple sus obligaciones... ¿Qué más desea? Ha salvado su honor, ha detenido (y puede envanecerse de ello) a un ejército que sus enemigos llaman el primero del mundo, ha hecho prodigios de valor... Las plazas modernas no resisten por más de treinta días; ya han quedado relegadas a la historia las heroicas locuras de sitios sostenidos meses enteros...

“Y bien —exclamó sacudiendo por un brazo al comandante— ¿qué pretende el general Ortega? Que exponga sus condiciones, que diga en qué forma pretende salir; yo le concederé todo lo que desee, porque tengo facultades para ello y porque para valientes como los de Puebla no hay cosa que pueda parecer exorbitante.

“El general Ortega dijo serenamente Mendoza— pide salir de Puebla con tambor batiente, bandera desplegada, armas listas, mecha encendida y la provisión de cartuchos que se acostumbra por plaza. Solicita, además, que no se le persiga durante dos jornadas en su camino hacia la capital de la República.

¡Oh! Todo concederé al general Ortega menos el que las tropas que manda queden en actitud de continuar la guerra contra Francia; porque esto no importará otra cosa que cambiar de posiciones los ejércitos beligerantes, pues estoy seguro de que antes de diez días tendría de nuevo en batalla contra mis tropas al ejército que tanta guerra me ha dado defendiendo los muros de esta ciudad. Dígame, por lo mismo, al general Ortega, que si pretende algo me lo proponga para entendernos, y que lo que puedo concederle, además de los honores militares, muy justos y merecidos, de que usted me habla, será de que permanezca neutral el ejército que manda mientras termina la cuestión que hay pendiente entre Francia y don Benito Juárez, pero que aun para esto necesito oír la opinión de mis generales, a cuya deliberación sujetaré las proposiciones que me haga el señor Ortega.

“En ese caso —insinuó Mendoza— preferiríamos no aceptar nada y romper nuestras armas.

“El jefe de Estado Mayor había permanecido hecho una etcétera, sen-

tado en una silla de campaña; pero al oír lo que decían los interlocutores les interrumpió bruscamente:

“El general Ortega debe estar seguro, si pretende una capitulación, de que se concederá a los defensores de la plaza todos los honores y todas las garantías que merecen; de lo contrario, debe estarlo también de que los prisioneros que hagamos en la plaza, cuando ésta caiga en nuestro poder, caso de que sus defensores rompan su armamento como usted lo acaba de indicar, quedarán sin garantía alguna y, en consecuencia, serán deportados a la Martinica.

“Forey dejó el paseo agitado y nervioso, y parándose en firme al coronel D’Auvergne, le dijo enojado:

“Yo deporto a la Martinica a los ladrones y a los bandidos; no a oficiales valientes como los que defienden a Puebla.”

Continúa el emotivo relato don Victoriano deteniéndose en la descripción de parajes en los que las lágrimas rodaban por las mejillas acartonadas de los jefes y soldados. Había regresado la comisión que fuera ante el general Forey a tratar de la rendición de la plaza, y como no accediera a que el ejército mexicano saliera con su armamento, el general González Ortega, de acuerdo con sus generales, ordenó la destrucción de cuanto significaba elemento de guerra. Clareaba el día 17 de mayo de 1863, día memorable en la historia de México, y sin titubeos, conteniendo la emoción que desgarraba el alma de aquellos denonados valientes, sacando fuerzas de los músculos flatulentos por el hambre, entraron en acción. Dice don Victoriano:

“Seguían oyéndose ruidos periódicos. Unas veces eran cercanos, otras distantes, pero todos entristecedores. Los polvorines se destruían, las piezas de artillería volaban, los fusiles se hacían pedazos, todo indicaba destrucción y desconsuelo. Los soldados corrían ya sin uniformes por las calles llenas de escombros; abandonaban las manzanas que habían defendido palmo a palmo; trataban de alejarse para no ser conocidos como de la gente sitiada...”

“Los jefes habían cumplido con la orden de presentarse en el atrio de la catedral y en el palacio de Gobierno...”

La patética relación de este extraordinario episodio nos coloca en el ambiente de algo que es difícil describir, especialmente en lo que respecta al estado de ánimo de quienes peleando por la patria exponían diariamente la vida sin detenerse en consideraciones de ninguna naturaleza; pero en esta ocasión habían destruido su armamento quedando a merced del enemigo. No les importaba morir, pero no querían vivir si quedaban incapacitados para seguir luchando.

Cuando Forey recibió la carta de rendición de González Ortega la pasó a Bazaine diciéndole: "ved qué hermosa carta de Ortega..."

Hace referencia don Victoriano Salado Alvarez de los comentarios a que dio lugar entre los jefes franceses la actitud de los jefes mexicanos y de la pose que tomaron los mexicanos descastados que militaban a las órdenes de los invasores.

En tanto que Forey agotaba las palabras de admiración por los rendidos, los altos imperialistas mexicanos pedían unos que se fusilara a los principales actores del drama, y otros que cuando menos fuesen deportados a un lugar de reclusión. Y comentaba Forey frente a los heroicos jefes mexicanos: "A los que me pedían que os fusilara mi respuesta ha consistido en volverles la espalda; en cuanto a los otros, les he dicho: no hay convención escrita; pero a falta de mi firma en un papel, existen las leyes eternas del honor, que me obligan más que nada, y las tradiciones de confraternidad militar, a las cuales no faltaré nunca. Este ejército quizás haya excitado el disgusto de los políticos por su tenacidad en la defensa y por el valor que han desplegado sus jefes; pero en cambio se ha ganado la estima y la consideración de nosotros los soldados; y nunca consentiré en que se trate como malhechores a tantos valientes..."

Y, después, siguió la evasión de los generales, jefes y oficiales, para reincorporarse a las filas republicanas y seguir peleando por la Patria en aquellos momentos de terrible angustia.

Ha quedado para la historia el testimonio nada menos que del general en Jefe del ejército francés. Se perdió Puebla, pero se ganó la admiración del mundo entero por la forma y términos en que se realizó aquel acto heroico de la rendición de la plaza.

Pero todavía hay que presentar una estampa más. El señor coronel don Antonio Carrión, habiendo formado parte de los ejércitos republicanos que combatieron la Intervención Francesa, publicó en 1897 una obra en dos tomos, titulada *Historia de la ciudad de Puebla*, que fue reeditada en 1970.

Hace en el capítulo relativo al sitio de Puebla una interesante relación, cuya veracidad está plenamente comprobada, habida cuenta de los testimonios que sobre el particular existen. Menciona con detalles los pormenores del sitio, de manera de obtenerse datos precisos sobre las particularidades de ese acontecimiento desde tiempo atrás de iniciarse el sitio. Puede así asegurarse que no hubo descanso alguno de las tropas republicanas durante el lapso que medió del 5 de mayo de 1862 en que Zaragoza derrotó a los

franceses, hasta mediados de marzo de 1863 en que iniciaron el ataque a Puebla. Todos los detalles a que hace referencia el coronel Carrión son de importancia, ya que forman la malla que se tejió durante 62 días de continuos combates. Véase, aunque sea en trozos, la descripción:

"La marcha del ejército francés sobre Puebla fue muy cauta, pero no tanto que pudiera evitar algunas acciones de armas desde Veracruz y fueron las de Cotaxtla, Paso de Ovejas, Teziutlán, Cerro de León, Cruz Blanca, Plan del Río, el Organo, Coayuca, El Mirador, San Salvador, Dos Matas, Los Llanos y otros."

Copia el coronel Carrión parte de una carta que el teniente coronel Enrique Loizillon envió a su hermana a París. Por este párrafo se puede juzgar de la opinión que los jefes franceses tenían del ejército mexicano:

"Está resuelto que se embestirá a Puebla de manera de hacer prisionera a toda la guarnición o, a lo menos, desorganizarla de manera que no pueda rehacerse en México"...

En otra carta el mismo Loizillon decía: "Nuestros combates de todas las noches acabarán como el Sebastopol, por costarnos mucho más caro que un ataque a viva fuerza y cuando entremos a Puebla no encontraremos en gran parte más que ruinas. ¿Qué dirán las poblaciones a las que repetimos todos los días que no es a ellas a quienes hacemos la guerra?"

Por su parte el general Thomas opinaba que "es necesario resignarnos a hacer sucesivamente el sitio de estos lotes o cuadros circunscritos por las calles".

Todas estas conjeturas se producían por los descalabros que sufrían los franceses en sus continuos asaltos, especialmente el de San Javier, en donde la lucha fue tan encarnizada que se combatió sin tregua aun cuerpo a cuerpo, con pérdidas enormes para ambas partes.

No fue menos intenso y sangriento el ataque a la fortaleza de San Marcos. Derrumbaron los franceses a cañonazos varios edificios de las manzanas 25, 26 y 27 y al tratar de tomarlas a viva fuerza fueron rechazados. "El general Bertier intentó que se tomara la trinchera con dos compañías del 1o. de Zuavos, pero mirando que caían diezmados por los fuegos de los mexicanos, dio orden de suspender el ataque y que se retiraran, lo que obligó a todos los que peleaban en la manzana 27 a retroceder en derrota, sacando a su heridos cargados en las espaldas a todo correr; la fuerza que sufrió más en esta derrota fue la compañía de granaderos del capitán Melot"...

Las operaciones del sitio de Puebla, además de complicadas, resultaban para los franceses costosas en hombres muertos, heridos y prisioneros, a lo que se agregaba el consumo enorme de parque y de alimentos.

“Tanto llamaron la atención de Forey —dice el coronel Carrión— estas derrotas, que personalmente fue a ver la manzana de San Marcos y al contemplar las paredes arpilleras, las azoteas y puertas cubiertas con sacos de tierra, las trinchas improvisadas con vigas y escombros, se convenció de las dificultades que presentaba el atacar a viva fuerza ese punto, se calmó la cólera que tenía contra Berthier, y discurrió emplear una serie de galerías y minas para atacar, así como el previo bombardeo de los puntos.”

“Después de estos acontecimientos —sigue relatando Carrión— los franceses cometieron la inhumanidad de lanzar sobre la ciudad bombas incendiarias”...

Muchas son las citas; pero viniendo de testigos actuantes dan al relato el vigor de lo vivido. Volvemos con Loizillon quien haciendo referencia al ataque a Santa Inés refiere así el resultado:

“Fuimos obligados a retirar nuestras tropas a retaguardia; hemos tenido grandes pérdidas: 101 muertos, 234 heridos y 76 prisioneros. Después de este triste suceso todo mundo se preguntaba, ¿cuál es el medio que se va a emplear?; hay desaliento, nadie contesta la pregunta...”

Comenta el coronel Carrión: “La derrota de los franceses en Santa Inés se anunció con repiques a vuelo de esquilas en la catedral el día 25 a las 11 y media de la mañana. Los cadáveres de los soldados franceses fueron reunidos provisionalmente en el Portal de las Flores, de donde se iban levantando por grupos de diez para sepultarlos.

Cuando, agotados municiones y víveres, se rindió la plaza, algún oficial francés vio que los soldados mexicanos rompían sus armas, y uno de los jefes, en tono solemne dijo: “El ejército francés sabe respetar el valor, y una guarnición que se ha conducido como la de Puebla no merece sino nuestros respetos. Dejemos que hagan los defensores de la plaza todo lo que crean conveniente al honor de sus armas.”

Honrosa actitud, propia del renombre conquistado por los soldados franceses, embarcados en esa aventura por un Emperador que estuvo a la altura del pueblo que gobernaba.

Al iniciar este trabajo histórico advertí que no intentaría escribir la biografía del general Jesús González Ortega. Así lo he realizado, ya que me concreté a lo relacionado con el sitio y la rendición de Puebla.

Simplemente, como un colofón anotaré, en apretada síntesis, algunos rasgos biográficos de este personaje.

Nació en la hacienda de San Mateo, jurisdicción de Teúl, Zacatecas. Fueron sus padres don Laureano González y doña María Mateos Ortega. Su educación superior la recibió en Guadalajara. Se inició en el periodismo muy joven, destacándose por sus ideas liberales que en esa época eran signo de cultura europea, especialmente francesa, ya que el espíritu de las juventudes estudiosas se impregnaba de las doctrinas económico-sociales de la Revolución Francesa, instrumento propulsor del liberalismo.

Las convulsiones que sacudían al país, especialmente a partir de la Revolución de Ayutla —impulsada por los liberales, continuada con motivo de la promulgación de la Constitución de 1857, y después por las leyes de Reforma— inflamaron el espíritu apasionado de González Ortega.

Llegó la oportunidad para que entrara al campo de la historia, en la que habría de ocupar preferente lugar. Caminaba trabajosamente el año de 1858. Juárez había asumido la Presidencia de la República por ministerio de la Ley, en virtud de que el Presidente Constitucional don Ignacio Comonfort había derogado la Constitución, quedando fuera del Gobierno. Se sucedieron una serie de acontecimientos que incendiaron de nuevo al país. La guerra entre liberales y conservadores de nueva cuenta derramaba sangre mexicana a raudales.

Al acercarse Leonardo Márquez, general conservador, a Zacatecas, era Diputado local don Jesús González Ortega. Las autoridades del Estado y municipales acordaron entregar la plaza, pero González Ortega se opuso asumiendo la responsabilidad del caso, y el mando también como Gobernador. Primer acto de audacia y valentía que le abría la puerta del porvenir. Se dedicó con sorprendente actividad a organizar un ejército, formando pronto importante contingente armado con el que hizo frente a la situación.

Después, Gobernador del Estado. General en jefe de una poderosa División. Numerosas acciones de armas en las que él brilla. Camina de triunfo en triunfo: Peñuelas, Laguna Seca, y llega la gran hazaña: la derrota del temible, por valeroso, Miramón, dejando libre el paso a Juárez para que vuelva, con los honores que le corresponden, a ocupar el Palacio Nacional.

Año clave en la vida militar de González Ortega, ése de 1860. Continúa el tiempo fabricando problemas, guerras, más guerras; pero ahí está el héroe que deshace quimeras. Se rinde en Puebla orgullosamente; se escapa de la prisión, y regresa con iguales bríos al combate contra franceses y mexicanos extraviados, y vuelve a marcar el paso con triunfos magníficos. Llega el momento de la liquidación; en Querétaro se representa el último capítulo del efímero Imperio de Maximiliano. Queda su sueño roto con la descarga de los fusiles que sirven al general Mariano Escobedo como instrumentos de justicia. Lo acompañan en el último viaje Miramón y Mejía.

Las armas nacionales han triunfado. Satisfecho, González Ortega se retira del ejército. Ha cumplido como los buenos. Se le ofrecen oportunidades que en algo compensen sus afanes. Rehúsa la candidatura al Gobierno del Estado y la de Diputado al Congreso de la Unión.

Entre tanto otros caudillos se disputan el Poder, él sereno, en cierta forma amargado, se refugia en Saltillo, Coahuila, y allí muere en febrero de 1881. Su cadáver descansa en la Rotonda de los Hombres Ilustres.

El Gral. Jesús González Ortega en la Historia.

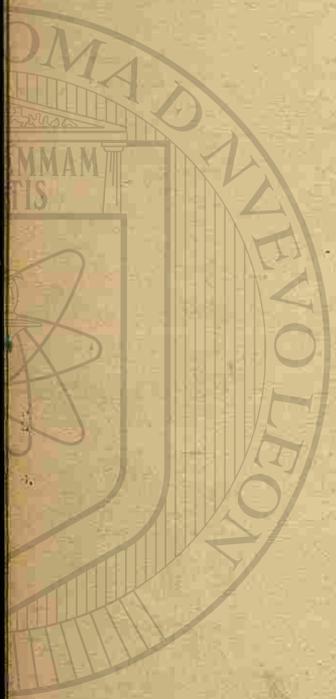
BIBLIOGRAFÍA

- VICTORIANO SALADO ALVAREZ, *Episodios Nacionales.*
JUSTO SIERRA, *Juárez: su obra y su tiempo.*
FRANCISCO BULNES, *El verdadero Juárez.*
ADALBERTO CARRIEDO, *El único Juárez.*
JOSÉ MARÍA IGLESIAS, *Revistas históricas sobre la Intervención Francesa en México. Los presidentes de México ante la Nación —1821-1866—.* Cámara de Diputados.
BERNARDO J. GASTELUM, *La Revolución Mexicana.*
ROBERTO BLANCO MOHENO, *Juárez ante Dios y ante los hombres. Correspondencia entre Comonfort y Vidaurri,* Historia, Biografía y Geografía. Porrúa.
JESÚS ROMERO FLORES, *Banderas históricas mexicanas.*
EZEQUIEL A. CHÁVEZ, *Benito Juárez. Estadista mexicano.*
ENRIQUE CORDERO Y T., *Historia compendiada del estado de Puebla.*
JOSÉ BRAVO UGARTE, *Historia de México.*

55801

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UAN

SIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO
CCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA